

cion: vió á los diputados proscritos como él volver á ocupar sus puestos en los bancos de la Convencion, y por último, supo que el 13 vendimiario se habia constituido un nuevo gobierno, y entonces, sin tener la menor certidumbre por su seguridad personal, volvió á Francia, llevado en alas de su deseo por volver á ver á Eva.

Los temporales, los vientos contrarios le arrojaron á los bancos de Terranova, de modo que tardó en llegar cuarenta y nueve dias.

Aquella mañana misma habia llegado del Havre, yendo á hospedarse en la fonda de Nantes, lo mismo que la golondrina que regresa á su nido.

Oyó hablar de la solemnidad teatral que se preparaba para aquella noche en la sala Louvois, y con la esperanza de encontrar á alguna persona conocida á quien pudiera hacer preguntas, se presentó en el teatro.

La casualidad le sirvió más allá de lo que deseaba.

Le hemos visto débil é inexorable á la vez, cualidad indispensable de la condicion humana, conducir á Eva á su casa con el pretexto de entregarla una carta de su padre, pero en realidad para mortificarla más.

Cuanto mayor veía que era su amor, más grande era la necesidad que sentía de hacerla sufrir.

Subió á su habitacion, y mientras el criado de la fonda encendia las bugías y contemplaba asombrado á la hermosa criatura, vestida con suprema elegancia y que permanecía aniquilada en el sillón en el cual se habia dejado caer, Jacobo se dirigió á un estante y tomó la cartera que encerraba los recuerdos más queridos para su corazón.

Volvió á sentarse delante de un velador, sobre el cual habia un candelabro, y sacó varios papeles de la cartera.

El criado salió cerrando la puerta.

El plan doloroso estaba formado.

Comprendía, adivinaba, no bajo el punto de vista del amor, sino de la humanidad, que lo que hacia no estaba bien hecho; pero una fuerza irresistible le impulsaba á buscar en aquel corazón destro-

III.

La carta del señor de Charelet.

Jacobo Merrey era filósofo; pero en amor no hay filosofía.

El corazón del hombre es así; cuando sufre por la mujer que ama, desea hacerla sufrir cuanto mayor es el amor que la profesa, y en este sufrimiento que la impone encuentra una amarga é inagotable dulzura.

Se hubiera desesperado Jacobo si Eva le hubiese dado las señas de su casa que con tanta insistencia pedía.

¿Qué hubiera hecho, qué habria sido de él cuando ya no estuviera á su lado para que él la torturase y la destrozara el corazón con los dardos de sus celos?

Hubiera pasado la noche errante y como un loco por las calles de Paris.

¿A quién hubiera participado el furor que le devoraba?

Todos los que habian sido sus amigos habian muerto: las cabezas más aguerridas habian caído.

Danton habia muerto; Camilo Desmoulins, muerto; Vergniaud, muerto.

Hasta Sanson, padre, á quien pidió un asilo, y que le salvó, hasta aquel honrado realista habia muerto de dolor por haberse visto obligado á ejecutar al rey.

Jacobo Merrey se refugió en América, al otro lado del Océano, y desde allí siguió con el pensamiento todos los acontecimientos que se habian sucedido en Francia.

Vió á Marat asesinado en el baño: á Danton, Camilo Desmoulins, Fabre d'Eglantine y Herault de Séchelles subir al cadalso: vió la caída de Robespierre y el 9 termidor: vió los progresos de la reac-

zado una prueba de amor más grande que las quejas, los sollozos y las lágrimas.

—¿Puedo hablar y me escuchareis? dijo con voz que la fuerza de voluntad hacia firme.

—¡Oh, sí, te escucho como si escuchara al ángel del juicio final! contestó Eva.

—No soy vuestro juez, replicó Jacobo; soy únicamente el mensajero encargado de haceros saber algunos detalles que es importante que sepais.

—Puedes ser para mí lo que gustes; te escucho.

—Es inútil que os diga que ignoraba á dónde os habian conducido los que os arrebataron de mi lado. Supe al mismo tiempo la emigracion y la muerte de vuestro padre, el que creí reconocer una noche en medio del combate y de la fusilería, en la selva de Argonne.

No dudando que en los papeles de vuestro padre encontraria noticias vuestras, hice me dieran una autorizacion para revisar aquellos papeles, y con ese objeto salí para Maguncia.

El cuartel general francés estaba en Francfort: fuí hasta allí, y encontré un ayudante del general Custine, con el que he sido tan ingrato que olvidé su nombre.

—El ciudadano Cárlos Andrés, murmuró Eva.

—Eso es.

—Yo no lo he olvidado, añadió Eva elevando los ojos al cielo.

—Me permitió enterarme de los papeles.

Jacobo Merey se detuvo un momento porque su voz se alteraba.

—Entre esos papeles, continuó, habia una carta vuestra dirigida á mí, y que vuestra tia envió á vuestro padre. ¡Cuánto hubiese dado en aquella época por haceros saber que os vendia vuestra doncella! Aquí está la carta, os la devuelvo; esta carta ya no sirve para mí.

—¡Oh, exclamó Eva cayendo á sus piés, guárdala, consérvala!

—¿Para qué? preguntó Jacobo abriéndola. ¿Habeis olvidado lo que decia?

Y la leyó en voz alta desde la primera línea hasta la última.

«Amigo mio, mi rey, mi maestro, y diria mi Dios si no tuviera que rogar á ese Dios y suplicarle me uniera contigo.»

—Dios os lo ha concedido, dijo Jacobo con la voz impregnada de profunda amargura; ya estamos reunidos.

Y acercó la carta al candelabro para reducirla á cenizas.

Pero Eva se precipitó sobre ella y la arrancó de sus manos, apagando la llama que empezaba á quemar un extremo.

—¡Oh! No, balbuceó, no; si tú la has conservado tres años era porque me amabas, y si la has leído y vuelto á leer es porque la has besado cien mil veces y la has llevado sobre tu corazon. Yo no tengo ninguna carta tuya; esta ocupará su lugar. Moriré con esta carta sobre mis lábios, la pondrán en mi tumba, y si Dios me interroga, le enseñaré esta carta, diciendo: ¡Mira cómo le amaba!

Y cubriendo la carta de besos y lágrimas la guardó en su seno.

—Continúa, dijo; me matas, pero eso es un bien.

Y se dejó caer sobre la alfombra.

—En cuanto á esta, dijo Jacobo con voz insegura, á pesar de sus esfuerzos por conservarla tranquila, es del marqués de Charelet; la llevaron á Burges, en casa de vuestra tia, casi al mismo tiempo que supe estábais allí, y fuí á buscaros. Me hicieron la observacion que, puesto que os buscaba, valia más me encargase de la carta que no dejarla debajo de la puerta por donde la habia lanzado el cartero.

Cuando llegué á Maguncia ya no os encontré; habiais partido. Adquirí noticias vuestras por Andrés; habia hablado con vos.

Un sollozo fué la respuesta de Eva.

Viéndome el 31 de Mayo proscripto, tuve un rayo de esperanza y bendije mi proscricion; ella me permitia ir á buscaros á Austria, en donde sabia que viviais.

Atravesé Francia y llegué á la frontera sin obstáculo ninguno; salí en posta para Viena, caminé de dia y de noche, mi carruaje no se detuvo hasta Josephplatz, núm. 11.

Hacia una semana que habiais partido.

Aquella fué mi última decepcion; pero no, me equivoco, no fué

la postrera, añadió Jacobo Merey dejando caer su brazo sobre el velador y su cabeza en su mano.

—Tomad, dijo; tomad, señora, ahí teneis la carta del marqués de Charelet; leed, aunque no sea sino por respeto á vuestro padre. Debe contener su última voluntad.

Está dirigida á vuestra tia; pero como ha muerto os pertenece á vos abrirla.

Eva rompió el sobre maquinalmente y como si obedeciera á una orden superior que la devolviera momentáneamente la fuerza, y la leyó acercándose á la luz que esparcía el candelabro.

«Maguncia el... 1793.

»Hermana mia:

»Mirad mi última carta como no recibida, y si todavía estais en esa, quedaos.

»He sido juzgado y condenado por los republicanos; dentro de doce horas todo habrá concluido para mí en este mundo.

»En el solemne momento en que voy á presentarme delante de Dios, se dirigen mis miradas sobre vos y mi hija.

»A vuestra edad, y con vuestras ideas religiosas, no me causais inquietud.

»Vivireis aislada y escapareis á la proscripcion, ó subireis sobre el cadalso con la cabeza erguida, como debe llevarla una Charelet.

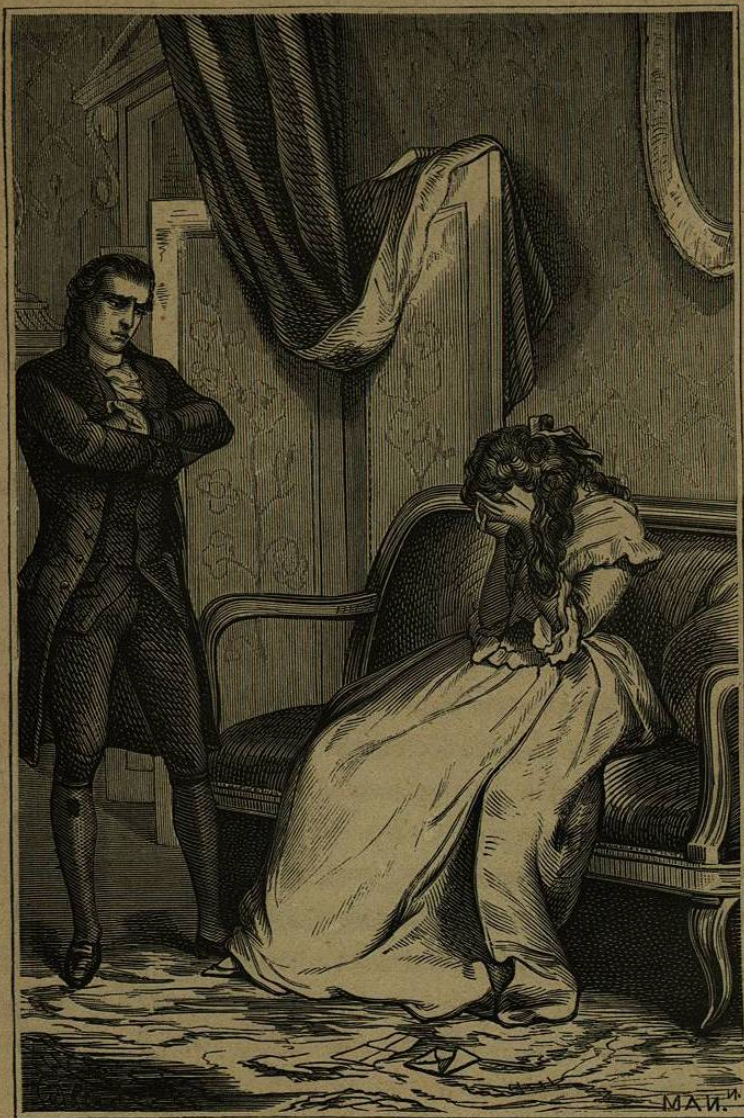
»Pero no es lo mismo con respecto á mi hija, á mi pobre Elena. Tiene quince años, entra en la vida y no podrá ni vivir ni morir.»

—¡Oh! exclamó Eva, interrumpiéndose y levantando la cabeza, ¡os habeis equivocado, padre mio!

«Colocado desde esta mañana ante la nada de las cosas terrenales, no creo de mi deber al abandonar el mundo tener despues de muerto una responsabilidad que no me hubiera asustado en vida.

»Vivo, tenia sobre mi hija una potestad para dirigirla que no puedo tener despues de muerto.

»Si los dos dejamos de existir, nadie la ama más que ese hombre, y ella tampoco ama á nadie más que á él.



Sus largos cabellos la envolvian cual si fueran un velo.

«No es un hombre de nuestra raza; pero habeis oido decir muchas veces que es honrado y respetado; no es un noble, pero sí un sábio, y hoy creo es mejor ser sábio que noble.»

Eva dirigió una mirada á Jacobo; continuaba impassible.

«Además, continuó la jóven, si hay quien tenga derecho sobre ella, despues de mí y casi en el mismo grado, es él, que la recogió masa inerte, abandonada por mí en manos de unos aldeanos, y que ha hecho de ella la hermosa é inteligente criatura que teneis á la vista.

«Elena encontrará en él un buen marido y vos un protector, puesto que participa de los dañados principios que hoy triunfan.»

Eva se detuvo: habia leído el resto de la carta, y se ahogaba:

—¿Qué más? preguntó Jacobo con voz firme.

Eva hizo un esfuerzo y continuó la lectura.

«Doy, pues, mi consentimiento á su enlace, y con el pié al borde de la tumba les envio mi paternal bendicion.

«Deseo que mi hija me ame despues de muerto, ya que no tuvo tiempo de amarme en vida.—Vuestro hermano, MARQUÉS DE CHARELET.»

Eva dejó escapar la carta de sus manos, extendió los brazos é inclinó la cabeza sobre el pecho, como la Magdalena de Cánova.

Sus largos cabellos se habian desatado y la cubrian por completo cual si fuesen un velo.

Jacobo la miró un momento con esa mirada implacable que tiene el hombre para la mujer culpable.

Despues, creyendo sin duda que no habia sufrido bastante, la dijo:

—Recoged esa carta, es importante.

—¿Para qué? preguntó Eva.

—Porque es el consentimiento para vuestro enlace.

—Contigo, amado mio, dijo con voz dulce y resignada; contigo y no con otro.

—¿Por qué? preguntó Merey con indiferencia.

—Porque aquí está tu nombre.

—Bueno, repuso Jacobo con amargura, mi nombre se borrará

de ese papel lo mismo que se ha borrado de vuestro corazón.

Eva se levantó tambaleándose. Se escuchaba el ruido de un carruaje.

Sosteniéndose en los muebles, llegó hasta la ventana, y la abrió:

—¡Oh! es demasiado, exclamó.

Y lanzó un grito que llamó la atención del cochero.

Vió en una ventana abierta á una persona y comprendió que le llamaba; se dirigió á la puerta y allí puso el carruaje.

Eva se quitó de la ventana.

—Adios, le dijo á Jacobo; adios para siempre.

—¿A dónde vais? interrogó Merey.

—A donde tú me envias, á mi casa.

Jacobo se retiró un poco para dejarla libre el paso.

—¿No me darás tu mano por última vez? dijo Eva fijando en él una mirada de indescribible angustia.

Pero Jacobo no hizo más que saludarla.

—Adios, señora, dijo.

Eva se precipitó por la escalera, diciendo:

—Dios será ménos cruel que tú; así lo espero.

Jacobo oyó estas palabras. ¿Le hicieron reflexionar? ¿Adivinó el proyecto de Eva?

Creó que estaba vengado, ó si no lo estaba, quiso saber dónde encontrarla para prolongar el suplicio de aquella por quien hubiera dado su vida la víspera. Lo cierto es que fué á la ventana y se ocultó para ver y oír sin ser visto.

Eva salió de la fonda y puso en manos del cochero un luis de oro.

Un luis de oro eran cerca de 8.000 francos en *assignats*.

El cochero sacudió la cabeza.

—¿Cómo quereis que os dé la vuelta, señorita? En plata no tengo suficiente, y en *assignats* no soy bastante rico.

—Guardad el resto, amigo mio, dijo Eva.

—¿Cómo que guarde el resto, no me tomáis á la carrera?

—Sí.

—Pues entonces...

—Os regalo el resto.

—Preciso será aceptar lo que nos cae del cielo.

Y guardó el luis en su bolsillo.

Eva subió en el simon y el cochero cerró la portezuela.

—¿A dónde os he de conducir, señorita?

—Al medio del puente de Tullerías.

—Esas no son señas.

—Es lo mismo; vamos.

Jacobo Merey lo oyó todo, permaneció inmóvil un momento, y vacilando, de repente exclamó:

—¡Oh! no, no; me mataría yo también.

Y sin sombrero, rápido como el rayo, se lanzó fuera de la fonda dejando abiertas las puertas y ventanas.